

People who
the
be
hip
nt of view o

Zulema*

*yo ya enterré a tus muertos
bajo un trigal al viento*

Lucha Corpi

Lo que oyó Zulema aquella mañana en 1914 le cambió la vida y desde ese año se tuvo que enfrentar a las consecuencias de lo que había escuchado aquel remoto martes otoñal. Durante toda la noche anterior había escuchado los tiroteos esporádicos de los Federales luchando con los Villistas. El ruido y la cama poco conocida la despertaron mucho antes de que el repique de las campanas de San Agustín diera su llamada cotidiana a los parroquianos. A las seis de la mañana cuando los primeros sonidos del campanario resonaban a la distancia, Zulema se levantó e inmediatamente se hincó a decir sus rezos matinales. Oyó a Mariana en el cuarto de al lado y pensó que los disturbios de la noche también la habían levantado un poco más temprano de lo que acostumbraba.

Mariana se veía diferente esta mañana, con los ojos hinchados y algo tensa mientras preparaba el café y las tortillas de harina. Zulema creyó que había interrumpido a su tía al entrar a la cocina a pesar de que Mariana instintivamente había dejado el comal para saludar a la niña con un beso. "Te tengo muchas noticias", Mariana había susurrado a la vez que abrazaba el cuerpecito de Zulema. Y así fue como Marina le contó la historia.

La voz le salía un poco falsa y era obvio que trataba de mantener una cara limpia de emoción. Pero no dejaba de dar impresión de gran cansancio. Después, cuando Zulema trataba de recordar la escena, lo único que podía captar era la palidez de Mariana y su voz temblorosa. En este tono Mariana le había dicho que su nuevo hermano por fin había llegado durante la noche, cansado de su viaje pero contento, gordito y lleno de vida.

La noche había estado repleta de actividad. Mariana continuó diciéndole. Además de los tiroteos al otro lado, también había venido un mensajero desde San Antonio pidiendo que Isabel se fuera a cuidar a Carmen, quien sufría de una pulmonía muy grave. Isabel se había ido en seguida con el mensajero, dejando al recién nacido con el resto de la familia. Tan pronto que se mejorara Carmen, ella regresaría a casa. Dale a mi Zulema y a mi Miguelito un beso y díles que pronto volveré. Según Mariana ésas habían sido las últimas palabras de su hermana Isabel.

"Tú te quedarás conmigo por un rato", le dijo a Zulema. Miguel se quedaría con su padre y la abuela, y el recién nacido se iría con Doña Julia quien vivía a cruzar la calle. Ella también tenía una criaturita a quien todavía estaba amamantando. Tal como lo presentaba Mariana todo había quedado arreglado.

II

Pasaron treinta y cinco años. Luego, sentada en el suelo de la recámara de Zulema, respaldada contra unos almohadones que se había hecho, yo oía muchas versiones de lo que años después reconocería como la misma historia. Durante aquellas visitas escuchaba la voz profunda y serena de Zulema con la que me contaba un cuento tras otro. Llenaba el cuarto de personajes fantásticos con excentricidades muy peculiares que seguían girando en mi propia imaginación acelerada. Muchos de sus cuentos eran simplemente versiones de los que había oído de Mariana pero la mayoría de sus narraciones las había inventado ella misma. De tarde en tarde Mariana nos acompañaba, silenciosa en su mecedora y con los ojos cerrados.



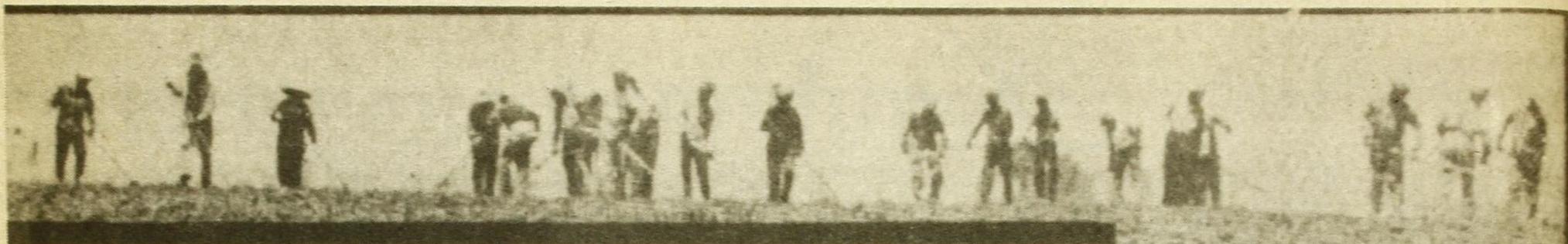
Mariana a veces abría los ojos, se apoyaba en el brazo de la mecedora para escuchar mejor y luego movía la cabeza de lado a lado para corregir a Zulema. "No, no fue así". Y se dirigía hacia mí con su propia versión del cuento que acabábamos de oír. Me solía ser difícil decidir cuál de las narraciones me gustaba más porque cada una tenía su toque con la descripción y sabía exactamente dónde pausar para el máximo efecto, pero supongo que en ese entonces creía que la "bola de años" de Mariana —tal como se refería a su edad— le daba una ventaja sobre Zulema.

Poco a poco me fui dando cuenta de que Zulema tenía un cuento favorito, el de la soldadera Victoriana quien en plena revolución se había venido a este lado a esperar a su novio Joaquín. Por un tiempo la gente que venía de su pueblo en Zacatecas le confirmaba su fe en que Joaquín todavía estaba vivo pero al pasar los años, todo mundo simplemente se fue olvidando de Victoriana. Ella continuó vigilando hasta aquella tarde inesperada cuando, después de treinta años, la gente la encontró sentada en la misma silla en donde había iniciado su espera, cubierta de telarañas y polvo rojizo, con su rifle mohoso a sus pies y una expresión resplandeciente en la cara.

Nunca me cansaba del cuento de Zulema puesto que cada vez que me lo recitaba hacía como si fuera la primera vez que me contaba de Victoriana y ella retocaba los hechos con unos que otros detalles más. El clímax, sin embargo, era siempre el mismo y me describía cómo Victoriana no había podido reconocer al hombre cuya memoria había amado durante todos esos años, pues cuando los periódicos habían publicado la historia de Victoriana, Joaquín había venido a verla de pura curiosidad. Y resultó que ella no lo había separado de todos los demás visitantes a quienes había saludado esa tarde. El, ya no siendo el campesino con quien ella se había enamorado sino un negociante bastante conocido, se había divertido y avergonzado a la vez por todos los mosquitos y las mariposas que ella llevaba en las telarañas que cubrían, como una pátina, su melena bien plateada.

*Roberta Fernández, escritora estadounidense, profesora de literatura en la Universidad de California en Santa Bárbara, E.U.A.

Zulema ha sido previamente publicado en su versión en inglés y también en español.



Zulema concluía el cuento: Victoriana abordaba los Ferrocarriles Nacionales Mexicanos y los fronterizos se despedían tristemente de la figura espléndida y extravagante que había roto la rutina de sus vidas por un instante. Victoriana hacía ondular un pañuelo blanco al ritmo del movimiento del tren que la llevaba a su pueblo donde pensaba localizar a los parientes quienes había visto por última vez en Bachimba, reclamando sus rifles y cabalgando hacia la distancia antes de que la fuerza de la revolución les controlara el destino.

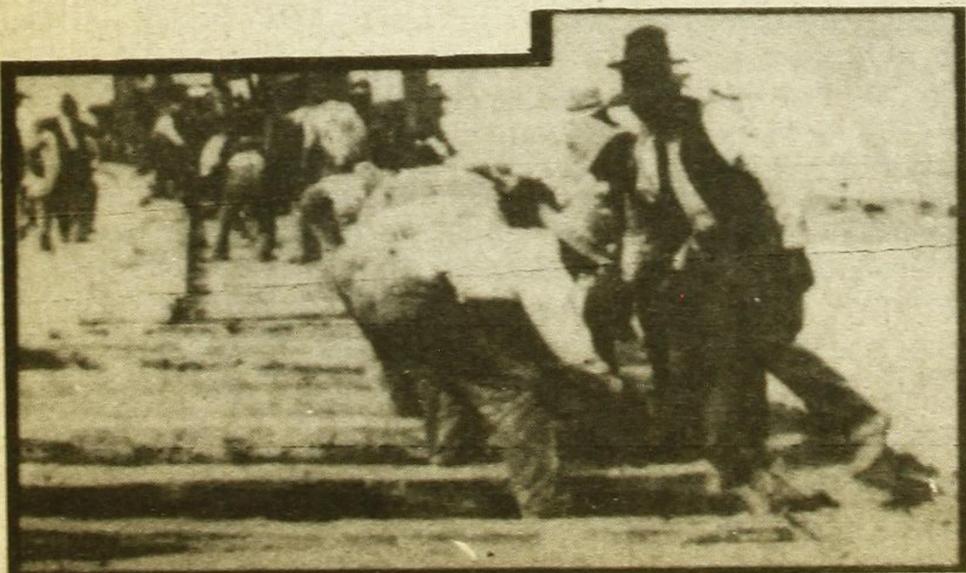
Finales desconocidos, vidas inconclusas. Esos eran los temas de casi todos los cuentos de Zulema aunque yo no podría decir cuándo comencé a darme cuenta de esto. El día en que cumplí seis años sentí que algo había cambiado puesto que Zulema pasó de la fantasía a la biografía y por primera vez me mencionó a Isabel. Sacó una fotografía de su misal y me la mostró. "¿Sabes quién es?"

De inmediato reconocí la foto como una copia de una que tenía mi madre. "Es tu mamá", le respondí en seguida. "Mi abuelita Isabel".

Cuántas veces no había abierto y cerrado el primer cajón del armario de mi madre para poder lograr un vistazo de la joven en su blusa de encaje que me veía con una mirada suave y directa. Jamás me habían hablado acerca de ella. Sólo sabía que era la madre de mi padre y que había muerto al dar a luz a mi tío Luis.

"Murió cuando tenía veinticuatro años. Yo tenía seis entonces", Zulema me dijo con una voz quedita. "Mariana de veras me tomó el pelo diciéndome que mamá se había ido con la tía Carmen".

Con la foto en su pecho, Zulema comenzó a dar un suspiro tras otro y de repente lloraba sin control. A través de las lágrimas me contó cómo había esperado a su madre todos los días de aquel primer invierno cuando Isabel se había ido sin ninguna despedida. Cuando oía pasar gente por la calle, corría a la puerta a averiguar quién era. El ruido del tranvía que pasaba en frente de la casa la alertaba sobre la posibilidad de que su madre viniera en él y cada vez que veía a Julia amamantar al bebé, se preguntaba si Luisito no echaba de menos el sabor de su propia madre. Comenzó a sentirse abandonada y a hablar de sus sentimientos. Sin embargo, todos mantenían la historia que Mariana le había contado. ¿Cuándo, cuándo, cuándo va a volver? le preguntaba a la tía y Mariana por fin le había contestado: "Cuando termine la guerra, volverá".



Y así fue que la pequeña Zulema a los ocho años se interesó en la guerra. Por la noche cuando oía los tiros o las ambulancias, sollozaba contra la almohada hasta que se quedaba dormida. Al oír las cornetas militares por la mañana, se quedaba tesa por unos instantes. En las tardes, después de clase, se iba caminando cerca del río para poder mirar hacia la nación al otro lado, abrumada por la guerra. Cerraba los ojos y suplicaba con todo su ser que terminara el conflicto y, entonces, siempre veía a su madre acercársele con los brazos extendidos. Zulema sin embargo no podía fiarse de esa imagen porque sabía que la guerra no estaba para terminar. Todos los días se daba cuenta de toda la gente que seguía cruzando el puente con todos sus efectos en carretones o en maletas de todo tipo o hasta en morrales al hombro, cansados y gastados por las angustias personales que ellos también estaban pasando. A veces su padre la daba trabajo en la marqueta o en el rancho a algunos de los recién llegados y entonces Zulema aprovechaba la oportunidad para hacerles preguntas acerca de la guerra antes de que ellos siguieran más al norte. Nadie tenía la menor idea de cuándo terminaría la revolución y había una que otra persona a quien ya no le importaba lo que pasaba excepto por la manera en que los hechos le estaban cambiando el curso de la vida. Su preocupación principal se enfocaba en la muerte y en la destrucción que tomaba control de todo.

Oyendo tantos episodios en donde la muerte dominaba, Zulema se iba poniendo aprehensiva. Cuanto más oía a los refugiados, más iba asociando las experiencias de ellos con la pérdida de su madre y lentamente comenzó a dudar de la asociación del regreso de Isabel con el final de la guerra.

Un día trató de contarle a Carmela —quien empezaba a trabajar en casa— de su madre y se dió cuenta de que ya no tenía una imagen clara de ella. La memoria misma se comenzaba a hacer memoria y ésta ya se iba borrando en los detalles más inesperados.

Ya para el día de su cumpleaños, en 1917, estaba lista para echarles la lanza a todos y cuando los tenía a su alrededor les dijo que sabía que la guerra supuestamente había terminado y sin embargo su madre no había vuelto. "Sé que se perdió", dijo muy deliberadamente y luego, mirando a Mariana, anunció con un tono definitivo: "Yo ya no tengo mamá."

Y ese mismo día comenzó a contar sus cuentos. Se llevó a Miguelito y a Luisito a su cuarto y los sentó en el suelo; ella se recostó sobre la cama mirando el techo. "Les voy a contar un cuento de nunca acabar", empezó mientras narraba su versión de la Bella Durmiente, a quien la había encantado su madrastra malvada. De este encanto la iba a despertar un beso de un maravilloso príncipe, pero eso no pudo suceder. Se dirigió a sus hermanos y les preguntó si sabían por qué el príncipe no había logrado encontrar a la Bella Durmiente. Sin darles la oportunidad de contestar puesto que éste era su propio cuento, ella continuó con gestos melodramáticos.

El príncipe no pudo encontrar a la Bella Durmiente decía en voz baja, porque cuando él apenas empezaba su búsqueda, es-

talló una revolución y le llegó la noticia de que Emiliano Zapata le iba a confiscar su cabello blanco. Así es que el príncipe tuvo que irse a pie y como no estaba acostumbrado a valerse por sí mismo, no tenía ninguna idea de cómo llegar a su destino. Decidió regresar a su castillo pero cuando se acercaba a él, vio que los revolucionarios lo habían volado a cañonazos. Ellos habían declarado también que él ya no podía ser un príncipe sino que ahora era una persona como todas las demás. Así que no pudo lograr su misión y la pobre Bella Durmiente se quedó allí en el bosque totalmente olvidada. Llegó el día en que nadie se acordaba, ni mucho menos se preocupaba de los problemas de aquella pobrecita Bella Durmiente tan tonta que había pensado que necesitaba vivir en un castillo con un príncipe. Así es que sin darse cuenta de las repercusiones de sus hechos, los revolucionarios habían logrado deshacerse de todos los príncipes igual que de todas las mimadas Bellas Durmientes.

Me pasé aquella tarde escuchando a Zulema recitar cuentos de esta índole uno tras otro, interrumpidos por lágrimas y frecuentes lapsos en el silencio. Desde que era niña, me decía, a sus hermanos no les gustaban sus tramas porque las consideraba extrañas. A veces hasta encontraban sus finales mórbidos. De vez en cuando había tratado de contarle sus cuentos a su padre pero él no tenía el menor interés en ellos. Mariana, quien tal vez mejor entendía lo que ella trataba de decir, pensaba que tenía derecho de cambiarle sus finales. Por eso Zulema había sentido la falta de audiencia y se había tenido que tragar sus cuentos durante todos esos años. Yo era la única que la había dejado contarlos exactamente como los quería decir.

"Zulema, a mí me gustan tus cuentos", yo le aseguraba, deshaciéndole las trenzas para luego peinarla con mis pequeños dedos.

La miraba a través de mis propias lágrimas. Zulema no se parecía a Mariana ni a la Isabel de la foto. Ella solía verse bastante ordinaria, con su pelo apartado por el centro y plegado en dos trenzas gruesas que sobrecruzaba en estilo tradicional al frente de la cabeza. Tampoco se parecía a mi madre, que lucía el estilo de la época, con su cabello peinado hacia atrás cubriendo un postizo que llevaba prendido en la cabeza. A mí me gustaba más el cabello de Zulema y me encantaba destrenzarlo y luego cepillarlo hasta que le sacaba todas las ondas, haciéndolo llegar hasta su cintura.

Esa tarde le presté una atención muy especial y le entrecé un listón rojo de satín que la hacía más linda. Durante el rato en que yo le hacía sus toquecitos de belleza, ella continuaba con la narrativa que no había compartido por tantos años. Se olvidó de la elaboración que solía darle a sus otros cuentos y al describir el acontecimiento principal de su vida fue directa y tersa. No culpaba a Mariana ni a su padre, ya que ellos obviamente habían esperado protegerla del mismo dolor que le habían causado. Poco a poco, me decía, se le fue acabando la esperanza de poder ver a su madre de nuevo y para los doce años dejó de creer en su regreso. Sin embargo, a veces, al abrir alguna puerta en casa de su padre, tenía la sensación de que Isabel estaba sentada en su sillón. Otras veces, sólo por un instante, veía a una figura luminosa con un niño en los brazos pero no lograba verles la cara por el brillo que irradiaba de ello. Más o menos por esos días fue cuando comenzó a abrir de par en par todas las puertas en casa. Se fue fascinando también con los baúles y las cajas que estaban guardadas en el sótano.

Un día cuando visitaba a su padre y a Amanda, Zulema se halló sola en el despacho del padre. Comenzó a esculcar en el escritorio y de repente en uno de los cajones, debajo de algunas fotos y álbumes, encontró lo que había andado buscando sin darse cuenta durante todos esos meses. Allí estaba una esquila con sus márgenes negros y letras embozadas. La agarró y leyó: *ISABEL MENDOZA CARDENAS, esposa de José María del Valle -1890-1914*. Leyó las palabras muchas veces sin emoción. Luego siguió con el resto del anuncio. Este indicaba que a ella la sobrevivían sus tres hijos, Zulema, Miguel y Luis.

Zulema dejó la esquila en el mismo sitio, tal como la había encontrado. Después de esa tarde dejó de abrir puertas y cajas,

aun en casa de Mariana. Comenzó a levantarse a las seis de la mañana para poder asistir a misa en San Agustín donde se quedaba hasta las ocho y media cuando tenía que irse a la escuela. Sin darse cuenta, fue perdiendo interés en sus clases y un jueves decidió quedarse en la iglesia todo el día. Por varias semanas se sentó en la inmensa iglesia donde el incienso le suavizaba los recuerdos y las velas que iba encendiendo le aclaraban la oscuridad. El Padre Salinas comenzó a notar que las velas iban desapareciendo y que sus parroquianos no estaban dejando suficiente dinero para cubrir el costo. Al siguiente día encontró a Zulema sentada en la primera fila viendo a la Virgen con el niño Jesús. Luego la vio prender unas dos o tres velas a la vez, y cuando éstas se acababan en sus veleros verdes, observaba que encendía otras más.

Casi al mismo tiempo que el Padre Salinas le hablaba a Mariana de los gastos eclesiásticos, la maestra visitó a José María. El ni discutió el asunto con su hija sino que habló directamente con la cuñada. Mariana entonces le dijo a Zulema que su padre quería que ella se quedara en casa puesto que ya no podían fiarse de ella. De hoy en adelante tendría que ser acompañada por uno de los primos o una de las tías.

A Zulema en realidad no le preocuparon las restricciones, ya que jamás se había sentido el objeto de tanta atención. Mariana comenzó a enseñarle cómo hacer platos tradicionales. Para el mole necesitaba pasarse buena parte de un día moliendo las semillas de ajonjolí en el metate igual que las semillas de cacao y los cacahuates. Mientras preparaban los ingredientes para la salsa y antes de empezar a cocinarla, salían al gallinero a escoger dos o tres pollos bien gordos. Zulema aprendió pronto a torcer el pescuezo del pollo antes de cortarle la cabeza con un machetazo bien dado. Le encantaba preparar la capirotada y la leche quemada para el postre y la primera vez que preparó toda una cena para doce personas gozó de todos los cumplidos que recibió, especialmente por su riquísima fritada de cabrito.

Doña Julia le enseñó a tejer blusas y guantes con gancho lo mismo que manteles y sobrecamas que hacía para regalos de primera comunión, de fiestas de quinceañeras y de bodas. Cuando ella cumplió los quince años fue festejada con un baile al cual asistieron todos los parientes, sus amigos y los amigos de su padre, quienes bailaron a la música de un combo local con la feliz festejada hasta la madrugada.

Esa fue la primera vez que conoció a Carlos con quien bailó muchas veces durante el transcurso de la noche. Pocos días después, él fue a pedirle permiso a José María para visitar a Zulema en casa. Sus amigas comenzaron a molestarla con bromas de la edad acerca de novios. Hasta las amigas de Mariana que se reunían de vez en cuando a coser sus colchas le comenzaron a preguntar acerca de Carlos. Zulema se sonreía tímidamente mientras trataba de concentrarse en las puntadas. Su primera colcha fue de felpa blanca por un lado y de satín por el otro. Esta se la regaló a su prima Elena cuando nació su tercer hijo. Después de unos meses comenzó a llenar su propio baúl con sus obras y cuando se casó con Carlos llevó a su casa todo lo necesario para empezar una vida nueva.

Tan pronto como tuvieron su primer hijo, Mariana se vino a vivir con ellos y por más de veinte años los tres vieron crecer a la familia y luego empujarse de nuevo cuando los hijos mayores se fueron a estudiar a Austin y la hija menor se casó, como su madre, a los diecisiete años.

Zulema había tratado de envolver a cada uno de sus hijos en sus cuentos pero a los cuatro les habían parecido tontos y repetitivos. Así que no fue hasta que yo comencé a hacerle pedidos diarios de sus recitaciones que ella comenzó a considerar las razones de los varios huecos en su vida.

"Es lo que más me ha gustado —contar cuentos", me decía. Se había calmado durante el transcurso de la tarde que ya entraba en el crepúsculo.

"A mí también", me sonreí mientras le estiraba los listones rojos.

En ese momento se abrió la puerta y mi prima Marcia prendió la luz. "¿Qué están haciendo ustedes dos sentadas en la oscuri-



dad? Ay, mamá, te ves tan chistosa con esos listones".

"No es cierto", la contradije. "Se ve muy linda".

Marcia echó mi comentario al lado con un movimiento de la mano. "Ustedes dos, siempre con sus juegos de fantasía. Vénganse. Traje una charola de pollo frito y ensalada de papa. Ahora mismo voy a poner la mesa. ¿Vienen a cenar con nosotros?".

"Horita vamos", le contestó Zulema. "Déjanos terminar aquí".

En el instante en que quedamos solas. Zulema me miró fijamente.

"Vamos a guardar todo esto en secreto. Pobre Mariana. Hace tanto tiempo que murió mamá. Ya ni para qué andar haciendo borloteos."

III

Por la cuarta vez releí lo que había escrito para el día 16 de abril. Cambié una cuantas palabras, luego cerré el cuaderno, frotando la lisura de la cubierta de cuera y recordando lo feliz que había estado cuando Mariana y Zulema me regalaron el cuaderno la Navidad pasada.

Esta tarde el sol brillaba muy fuerte y como, en la prisa para salir a la estación de camiones, me olvidé mis lentes oscuros, tuve que cerrar los ojos contra el deslumbramiento de la tarde y traté de dominarme. Después de unos minutos abrí los ojos de nuevo, esta vez para averiguar la hora. Todavía nos faltaban dos horas y media para llegar. Del asiento vacío a mi lado tomé la revista que había comprado en la tienda del Greyhound en San Antonio y la hojeé. Noticias de Cuba, Vietnam y Laos. Una foto sonriente de Barbra Streisand y otra chistosa de los Beatles.

Me recargué contra la ventana y extendí las piernas sobre los dos asientos. Desde esa posición podía ver a los otros pasajeros. La mujer que iba dos filas hacia mi izquierda me recordaba a la madre de Florinda con su pelo bien rastrillado. Volví a cerrar los ojos.

Todavía no había conocido a la madre de Florinda, pero por lo que me había contado mi hermana, tenía una idea muy clara de cómo se veía el día en que había abandonado Cuba hacia cinco años. Durante el año que había preparado la salida se había dejado crecer el pelo lo más que pudo. Y el día en que salieron se hizo un peinado muy extravagante al estilo moño francés. La parte que quedaba cubierta la había dividido en tres secciones. Primero se había hecho un moño pequeño que había sostenido con unas horquillas incrustadas de joyas, una verdadera fortuna me habían dicho. Este pequeño moño fue cubierto por otro más grande, también sostenido por más horquillas con joyas. La capa de encima fácilmente cubría las joyas pero el escondite iba todavía más protegido por una capa de laca

bien dura. Casi como para burlarse del destino se había decorado el peinado con mariposas de gasa blanca y color de rosa que iban atadas al cabello con unos alambritos muy finitos.

Según Florinda su madre se veía tan ridícula que nadie la había tomado en cuenta y por eso logró hacer el papel de contrabandista. Con lo que había sacado, la familia estableció una pequeña tienda de telas que, cuatro años más tarde, ya tenía bastante éxito.

Abrí los ojos para ver a la señora a mi izquierda. "Coño", pensé al encender un cigarrillo. Debido al ángulo con el que me pegaba el sol, el humo del cigarrillo parecía hacer espirales de niebla tupida. Me quedé viendo esas vueltas de humo que ondulaban como los vapores tumultuosos que le dificultaban la búsqueda de su padre a Juan Preciado en la película que acababa de ver la semana pasada. En realidad la obra de Rulfo tenía mucho que ver con este viaje que estaba haciendo ahora mismo.

"Esta es mi novela favorita", les había asegurado a Zulema y a Mariana, "aunque hay mucho en que sé que no entiendo muy bien", y con esto las había presentado a los espíritus de Comala durante mis vacaciones de Thanksgiving. Por tres días estuvimos leyendo las copias de *Pedro Páramo* que les había traído de regalo. Mariana y yo hacíamos la lectura en voz alta y de vez en cuando Zulema también tomaba su turno. Mientras comentábamos la lectura, Mariana había sacado su botella de Chivas Regal y entre sorbitos de whiskey tratábamos de sacarle sentido a los pasajes más intrigantes. A Mariana, en particular, le gustaban los personajes del Rancho Media Luna ya que ellos formaban parte de un periodo que ella todavía recordaba bien. Y Zulema, tal como había anticipado yo, se había identificado con el personaje de Susana cuyo destino también había sido afectado por la muerte prematura de su madre.

"Los espíritus siempre siguen afectando a los que les sobreviven", Mariana lamentó. "Aquí mismo tenemos el ejemplo de Zulema, quien sufrió tanto después de la muerte de Isabel".

Zulema y yo nos vimos una a la otra. Después de cincuenta años de la muerte de su hermana, Mariana había decidido romper el silencio.

"¿Por qué dices eso, Mariana?" le pregunté casi en susurro.

"Es que los murmullos se ponen más fuertes cada día", ella había contestado, extendiendo las manos sobre la silla. Cerró los ojos y comenzó a moverse en la mecedora con determinación. La conversación había terminado; por lo menos no quería más preguntas. Después de unos cuantos segundos se paró y nos dio una mirada intensa a la vez que murmuraba "Ya es tiempo". Y dijo que nos iba a llevar a la tumba de Isabel.

Rumbo al cementerio llevamos un silencio abrumador. Yo me hacía pregunta tras pregunta. Como el resto de la familia, yo también había sucumbido casi totalmente a la historia de la partida de Isabel y ni había preguntado jamás dónde estaba sepultada. Por quince años, desde el día en que Zulema me había contado su versión de la muerte de su madre, yo había separado a Isabel del mundo corporal y la había colocado en el reino de los espíritus. No me podía imaginar lo conmovida que debería estar Zulema. Ella no había dicho ninguna palabra desde el instante en que Mariana mencionó a Isabel.

"Vamos por este camino", Mariana nos señalaba la parte vieja del cementerio, por donde nos llevaba, hasta que llegamos al lado de una tumba con un ramillete de caléndulas en un bote rojo de lata. Este estaba medio enterrado al frente de la piedra sepulcra que conmemoraba la vida y la muerte de "Isabel Mendoza Cárdenas, quien nació en 1890 y murió en 1914".

Me acerqué a Zulema y vi que le temblaban los labios. Luego comenzó a hacer gemidos. Mariana también se le arrimó para abrazarla. Luego apoyó la cabeza contra el hombro de Zulema.

"Yo nunca supe cómo remediar lo que pasó", dijo sencillamente. Era obvio que quería contarnos lo que había pasado y, como le dolían las piernas, caminamos unos metros a una sillita blanca de hierro forjado. Las tres nos mantuvimos en silencio por un rato. Por fin Mariana comenzó a contarnos del dilema que había pasado cuando la familia la había escogido para transmitirle a Zulema la historia que habían inventado de la muerte de Isabel. Desde el principio había hecho ajustes cuando en lugar de asistir a la novena para su hermana se había quedado en casa con Zulema. Y cuando la niña había comenzado a mostrar su desconfianza, ella había empezado a dudar la decisión de protegerla de la realidad.

Pero después de un tiempo, decía Mariana, ellas mismas casi habían aceptado la historia como verdad y tácitamente creían que sería mucho más difícil ajustarse a una nueva realidad que seguir con lo que ya estaba en desarrollo. "No sabía qué hacer", Mariana nos seguía repitiendo.

También nos contó de sus visitas semanales al cementerio que le ayudaban a mantener viva la memoria de Isabel. Por años se había salido a las escondidas para venir en camión con su ramillete de tres caléndulas que ponían en un bote limpio de Folger's. Al pasar los años sus visitas se hacían más esporádicas. Sin embargo, la semana pasada había traído el pequeño ramillete que acabábamos de ver.

Señalándole a Mariana sus piernas reumáticas, le preguntaba cómo había podido mantener durante tantos años la manera que había escogido para honrar a su hermana.

"No ves que si uno tiene la posibilidad de escoger, entonces simplemente uno actúa de acuerdo con lo que sabe que se tiene que hacer. Es todo", afirmó.

Durante el resto del día yo trataba de juntar todas las diferentes partes de la historia para sacarles sentido. En unas páginas sueltas comencé a escribir trozos largos acerca de Mariana, Isabel y Zulema. Al volver a mi cuarto en el dormitorio seguí con lo que había empezado y un día en la primera semana de diciembre metí todas mis notas en un sobre y se las envié a Mariana y a Zulema con instrucciones de qué me guardaran las páginas. El resultado de estas notas fue mi diario encuadernado en cuero, color borgoña.

Lo busqué en el asiento a mi lado y al tocarlo abrí los ojos. Acabábamos de llegar. Mientras el camión cruzaba las calles en rumbo a la terminal, yo cogí mis maletines y me fui acercando a la puerta. Tan pronto llegamos a la terminal, vi a Patricia en su pequeño Volkswagen.

"Espero no llegar tarde. ¿Está viva todavía? le pregunté a mi hermana al abrir la puerta del carro.

"Pues se ha estado manteniendo con un hilito pero no creo que va a durar mucho más", me contestó al arrancarse hacia el hospital. "Esta mañana tuvo otro ataque de corazón y el médico no piensa que va a sobrevivirlo".

IV

Sentí el olor del incienso y el murmullo de rezos tan pronto como abrí la puerta del cuarto 306. El Padre Murphy echaba el agua bendita y recitaba los versos del último sacramento sobre el cuerpo en el lecho. Mi madre me tomó la mano y dijo muy quedito, "Murió hace unos quince minutos".

Sentía que todo mundo me veía mientras caminaba hacia el lecho. Me agaché para besar las mejillas bien lisas y por largo rato miré al cuerpo sin decir nada. Y de repente me di cuenta de lo que tenía que hacer.

Me fui en el carro de mi hermana al otro lado del río a la iglesia por la primera plaza donde muchas veces había visto las ofrendas de milagros prendidos con alfileres a la ropa de los santos. En la tienda de artículos religiosos que estaba al lado de la iglesia encontré en venta muchísimos milagros que venían en diferentes tamaños, formas y materiales. Los grandes no me interesaban y sabía que no podía comprar los de oro. Así es que de los milagros de lata de media pulgada escogí cuidadosamente los que venían en formas de perfiles humanos, corazones ardientes

y lenguas alumbradas. La voluntaria de la tienda se sorprendió cuando le dije que quería cinco docenas de cada uno pero después de su reacción inicial esperó con paciencia mientras que yo hacía mi selección y fue poniendo los milagros en tres bolsitas de plástico.

Volví al carro y me dirigí al mercado de flores donde escogí varias docenas de caléndulas. Les pedí que me las dividieran en ramilletes de tres flores y las amarraran con listoncitos blancos. Las flores casi llenaron el asiento de atrás y el inspector de la aduana comentó sobre mi ofrenda de flores "para los muertos". Al volver a este lado me paré en una papelería donde compré velas coloradas perfumadas de canela. Ya rumbo a Brewster Funeral Parlor donde pensaba dejar mis compras por unas horas, pasé en frente de una "discolandia". Pronto puse los frenos, me estacioné al lado y entré corriendo a preguntar si tenían unos discos, en blanco, tamaño 45. El dependiente me dijo que tenían tres tales discos de una orden especial que ya tenía mucho tiempo en la tienda. Después de que él lo encontró, volví al carro.

Por fin llegué a las funerarias donde le tuve que explicar al administrador lo que me proponía hacer. El por fin me dio permiso de llevar a cabo mis planes pero solamente después de que le había explicado todos los detalles por lo menos cinco veces.

A la hora en que habíamos quedado de acuerdo volví a las funerarias y por tres o cuatro horas me dediqué a mi labor. Sabía que después de medianoche el cadáver estaría listo para ser velado por familia y amigos. Me dolía la espalda de estar doblada por tanto tiempo pero continúe cosiendo los milagros en el satín que cubría el interior del ataúd. Con tres respuntes apretados pasaba el ojito de cada figura de lata para hacer tres arcos en el satín —las caritas quedaban en la fila de afuera, las lenguas quedaban por en medio y los corazones formaban la fila de adentro. Cuando terminé con los milagros, di unos pasos hacia atrás para mirarlos desde otra perspectiva. Me parecían hermosos, cada uno con su pequeñito listoncito rojo. Imaginaba como, una vez cerrado el ataúd, desde adentro se lograría esta magnífica belleza colorida.

Luego arreglé las caléndulas en una auréola alrededor del cadáver. Las velas las puse en una fila en frente del ataúd con el propósito de que sus olores rompieran los confines del espacio. Finalmente puse los tres discos al lado izquierdo del cadáver. "Llénalos con tus cuentos favoritos", le murmuré, tocándole la cara.

Una vez terminada mi labor me quedé sentada en la semi-oscuridad dejándome llevar por el mesmerismo del olor de las flores y el resplandor perfumado de las velas.

Por fin me levanté y caminé hacia el ataúd. Los milagros se veían espléndidos pero de todos modos no sabía cuál sería la reacción por parte de la familia. Me quedé viendo a la figura tan querida por última vez y luego salí de la funeraria, sabiendo que no iría al entierro al día siguiente.

Tan pronto como llegué a casa comencé a escribir en mi cuaderno color borgoña. Por dos días estuve escribiendo hasta que llené todas las páginas. Luego le pasé el libro a Patricia pidiéndole que leyera lo que acababa de terminar.

Empezó en la primera página y leyó por varias horas. A veces veía que movía la cabeza de lado a lado y casi hacía sonidos para sí misma. Cuando terminó, cerró el libro pero dejó una mano sobre él.

"No", me dijo. "No fue así". Mientras hablaba le cruzó por la cara una expresión de desaprobación. "Esto no ha sido de ninguna manera como lo has presentado. Has hecho una mezcla de algunos de los cuentos que te contaron Mariana y Zulema, que en primer lugar tal vez ni eran ciertos. Yo le he oído otras versiones de la Tía Carmen y aún de Zulema. No creo que Mariana jamás se reconocería si le enseñaras lo que tienes aquí."

"Pues yo no entiendo lo que estás tratando de decir", continuó Patricia. "pero protesto porque lo que tienes aquí no es lo que pasó".

*Tomado de *Woman of New Word: Hispanic Women Write*. Vigil, Evangelina, Ed. Houston: Arte Público Press, 1983. E.U.A.